

Gerente:
Angel G. Gil Roldán

Redacción
y Administración:
Bevillagigedo, 69-13

UNIDAD

tribuna libre de expresión cenetista

UNIDAD

Solicitado el registro como artículo de segunda clase.

M. Rivas

MANIFIESTO POLITICO DE "UNIDAD"

CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE UNA REVISION DE PRINCIPIOS DE LA C.N.T.

A LA MILITANCIA CENETISTA

Nos dirigimos a la militancia de la C.N.T. y de la F.A.I., dentro y fuera de España. A todos los movimientos afines. "UNIDAD" se acerca a los compañeros libertarios con el ánimo de precipitar la discusión sobre todos los aspectos que hoy dividen al movimiento anarquista, y que son, justamente, sobre los que descansa la posibilidad de ser o no ser; de encarnarnos al futuro con los aprestos teóricos necesarios para triunfar o permanecer soñando con un pasado más o menos brillante, aunque siempre heroico, pero pasado, al fin.

Esta discusión es urgente. Diremos más: es vital para la propia existencia de la C.N.T. como fuerza operante en el movimiento obrero español, en su etapa de lucha contra el franquismo, y vital también para el movimiento libertario, como fuerza revolucionaria que aspira a la conquista de una sociedad sin clases, conquista que habrá que lograr por la fuerza en lucha contra el capitalismo.

Hacemos el llamamiento a todos los compañeros, para que serenamente estudien los problemas que planteamos. Es necesaria la cordialidad siempre, pero más en esta etapa, frente a un enemigo común a todos: Franco y el imperialismo yanqui que lo sustenta y vigoriza. Queremos discusión, pero discusión cordial. Nuestro ánimo es contribuir al fortalecimiento de la lucha antifranquista y al fortalecimiento de nuestras ideas libertarias, en las que consideramos que reside, en gran parte, el logro de las aspiraciones revolucionarias de la clase obrera.

La pasión —la mala pasión— política todo lo bastardea. En nuestros medios esa pasión está llevando de la mano a la C.N.T. a un verdadero desastre. En una organización donde siempre existió la más libre y amplia discusión de ideas, se pretende, ahora, reducirla, cuando no anularla. A falta de razones, se está legitimando el insulto como arma de oposición. Y a la hermandad de clase y de ideas, está sustituyéndola la camarilla insidiosa e intrigante.

De ninguno de esos pecados queremos ser cómplices. A nada ni a nadie cedemos el derecho al libre análisis de las ideas, menos todavía cuando de ese análisis, como ya decimos, depende la existencia de nuestra organización. Repudiamos el insulto y la calumnia; ambas cosas siempre fueron extrañas en nuestro medio, si bien hoy forman parte del deleznable equipaje dialéctico de nuestros oponentes. Fieles, hoy más que nunca, a la solidaridad obrera y a la lucha de clases, rechazamos el buscar acomodo en hermandades de ritos exóticos y risibles, de amplísima unificación burguesa, que son el germen de esa intriga que pretende debilitar los cimientos revolucionarios de la C.N.T.

En modo alguno significamos una escisión de nuestro movimiento, ni somos una segunda o tercera C.N.T. Somos, sencillamente, un sector o grupo de opinión de la C.N.T., sin que concedamos a estos o a los otros la investidura de representantes oficiales. El movimiento cenetista se encuentra de tal suerte dividido, que en puridad podemos afirmar que no existe C.N.T. a fuerza de existir muchas, discrepantes entre sí, cuando no antagónicas agrupaciones cenetistas. Entre unas y otras agrupaciones; entre unos y otros grupos nos encontramos muchos miles de hombres de la C.N.T., disconformes con el estado actual de cosas dentro de nuestra organización, inquietos por el futuro de la misma; miles de hombres que significamos, sin disputa, la mayoría de la militancia y que queremos darnos, entregarnos por entero a la tarea de integrar la C.N.T. ¿Cuál C.N.T.? La que debe surgir, y surgirá, de una revisión adecuada de nuestros principios, arrinconando lo que estorba, por ineficaz e inoperante; arrinconándolo sin sentimentalismos, tras de una reflexión fría y objetiva. Una revisión que se nos antoja tan apremiante, que consideramos menester iniciarla sobre la marcha, de espaldas al pasado, en cuanto éste no sirva para impulsarnos. Reflexionando sobre la agonía de España, entregada a soñar con sus glorias pasadas, decía nuestro sabio Cajal, que entre adorar un esqueleto y preparar un germen la elección no es dudosa. No lo es, en efecto, para nosotros, pues con adoramos el esqueleto de nuestro pasado, pues con adoramos lo que vive; queremos preparar ese germen del que saldrá el cuerpo vivo y nuevo de la C.N.T. Ese pasado nuestro, al que tendremos que dedicar no poco espacio, debe servirnos, y en eso si es operante, para extraer las experiencias que nos conduzcan por el camino de las necesarias rectificaciones.

Es ya un mal endémico en las filas del movimiento libertario, no encarnarse con los hechos y acogerse a las fórmulas tradicionales, sin tomarse el trabajo de someterlas a revisión. Con semejante actitud, no se consigue otra cosa que hundir cada vez más a la C.N.T. en la esterilidad revolucionaria. Un extraño temor fetichista recorre las filas de nuestra

organización, cuando se trata de analizar nuestras ideas. Diríase que en la mente de nuestros compañeros se ha creado un concepto tabú de los principios llamados libertarios, ante los cuales supersticiosa y primitivamente se detienen. Son muchos los que hablan de reformas y se adentran en el camino que conduce a su estudio, pero se detienen a la mitad de su marcha. No se habla claro. De nueva cuenta surge el temor a decir las cosas tal cual son. A lo sumo, con femenina timidez, aunque ellos se crean audaces renovadores, grupos de compañeros hablan de intervención política, provocando con ello —¡con tan poca cosa!— que las vestales del templo anarquista se rasguen las vestiduras, acongojadas de dolor.

POSICIONES RENOVADORAS

Pero esas posiciones renovadoras, son posiciones vacilantes, inciertas, híbridas. Se limitan a pretender que la C.N.T. fije una actitud oportunista ante el problema de la dirección política de España. No se aborda la situación desde el plano estrictamente revolucionario. Parecen no comprender que el interés no reside en tener un ministro en coalición con las fuerzas burguesas liberales, sino en crear un cuerpo de doctrina, fija la vista en los intereses del proletariado y para trabajar por y para el proletariado, como la fuerza que ha de dirigir el mundo, dentro de un orden económico nuevo y para el cual se necesitan algo más que palabras y buenas intenciones; se necesita una teoría revolucionaria. Ya es algo que hoy se manifiestan esas tendencias renovadoras de nuestras tácticas de lucha, pero no es todo. Sobre esas tendencias, sobre los que las sustentan, está la responsabilidad de hablar claro no sólo para la C.N.T., como organismo obrero nacional, sino para las ideas anarquistas. No basta marcar una posición táctica nueva; es preciso hacer el análisis de nuestras doctrinas. No es posible eludir el examen crítico de una situación que, latente desde los comienzos de la República, en cuanto se refiere a la C.N.T., surgió el análisis teórico y táctico durante los años de nuestra guerra, y se presenta, a raíz mismo de nuestra transitoria derrota, lista ya para ser examinada objetivamente, a la luz de los acontecimientos pasados y de las realidades de hoy. Tampoco es posible eludir ese mismo examen en cuanto se refiere a la propia amplitud de las ideas, si tomamos en consideración cuál ha sido el destino de las mismas y de qué forma se han perdido va en el olvido como fuerza activa y determinante en el seno del proletariado.

Nosotros sí aceptamos el discurrir sobre todo ello, si hacemos nuestra la responsabilidad de analizar las causas de la decadencia de nuestro movimiento y si planteamos a la militancia de España y de fuera de ella, a los anarquistas españoles y a los anarquistas de todo el mundo, cuál es, a nuestro juicio, la salida que tenemos, la salida que tiene el movimiento revolucionario anarquista, si es que pretendemos rescatar el derecho a ser fuerza determinante en el establecimiento del socialismo, como tránsito

hacia esa meta superior y perfecta del Comunismo. Y al aceptar esa responsabilidad, lo hacemos hablando con toda la claridad, tal y como debe hacerse en esta hora crítica, en que se encuentra en juego el destino de la clase obrera, situada frente a sus propias responsabilidades como grupo creador y dirigente de una nueva sociedad, ante un capitalismo que, seguro de su derrota, pone en juego todas las armas, incluso aquellas que sitúan al mundo en trance de desaparecer.

Al llegar aquí, queremos hacer dos aclaraciones importantes, de forma que ellas sirvan para el mejor entendimiento de algunas de nuestras manifestaciones en este escrito. Tenemos para nosotros que son innecesarias, pero no todo es buen entendimiento ni, sobre todo, buena intención a la hora de ahora. A los malos entendedores y, aún más, a los mal intencionados, enderezamos estas aclaraciones. En primer término, cuando hablamos de Comunismo damos por descontado que no hay más que uno: aquel que deberá surgir de la desaparición del Estado, superada ya la obligada fase socialista. Los términos de Comunismo Estatal y Comunismo Libertario, creados por la pasión de las luchas políticas, para establecer una artificial diferenciación, son, el primero una antinomia, y el segundo una redundancia; nos parece más serio establecer esta precisión de una vez. Otra aclaración es la que hace referencia a los términos anarquista y libertario. Generalmente empleamos el término anarquista y no el de libertario, pues aquel expresa una idea política más concreta, una concepción en el orden político y económico; un pensamiento filosófico, en suma. El término libertario es más difuso. Libertario se, en realidad, todo el que lucha por la libertad.

hacia esa meta superior y perfecta del Comunismo. Y al aceptar esa responsabilidad, lo hacemos hablando con toda la claridad, tal y como debe hacerse en esta hora crítica, en que se encuentra en juego el destino de la clase obrera, situada frente a sus propias responsabilidades como grupo creador y dirigente de una nueva sociedad, ante un capitalismo que, seguro de su derrota, pone en juego todas las armas, incluso aquellas que sitúan al mundo en trance de desaparecer.

hacia esa meta superior y perfecta del Comunismo. Y al aceptar esa responsabilidad, lo hacemos hablando con toda la claridad, tal y como debe hacerse en esta hora crítica, en que se encuentra en juego el destino de la clase obrera, situada frente a sus propias responsabilidades como grupo creador y dirigente de una nueva sociedad, ante un capitalismo que, seguro de su derrota, pone en juego todas las armas, incluso aquellas que sitúan al mundo en trance de desaparecer.

hacia esa meta superior y perfecta del Comunismo. Y al aceptar esa responsabilidad, lo hacemos hablando con toda la claridad, tal y como debe hacerse en esta hora crítica, en que se encuentra en juego el destino de la clase obrera, situada frente a sus propias responsabilidades como grupo creador y dirigente de una nueva sociedad, ante un capitalismo que, seguro de su derrota, pone en juego todas las armas, incluso aquellas que sitúan al mundo en trance de desaparecer.

ALGUNAS INTERROGANTES

Damos por descontado la reacción que va a operarse en distintos sectores de nuestra organización. Sabemos que algunos, con tan poca originalidad como inteligencia y buena fe, volverán a hablar del oro de Moscú, de traiciones, de comunistoides, y otros "argumentos" por el estilo. Tal cosa es propia de aquellos que en cualquier trance ven en los demás un reflejo de su propio yo; es decir, entran de lleno en lo que se llama la proyección de los instintos. No nos interesa perder el tiempo con enfermos, ni nuestra preocupación revolucionaria nos permite desentranar síndromes psicológicos. Pero sí debemos establecer unas interrogantes, dirigidas a estos "leales" defensores de la fe, a estos guardianes del viejo orden, a estos inquisidores. ¿Qué ha hecho vuestra "lealtad" con la C.N.T.? ¿Cómo ha sido posible que la C.N.T., la fuerza sindical más potente de España perdiera su influencia para dejar paso a otras fuerzas políticas nuevas, sin raigambre en el proletariado español? ¿Qué pasó para que con el corto espacio de unos cuantos meses, surgiera con potencia, en la entraña misma del cuerpo cenetista más vigoroso, Cataluña, el Partido Socialista Unificado, alimentando esa potencia con la que, lógicamente, le arrebatada a la C.N.T.? ¿Y qué estaba aconteciendo, en ese mismo lapso de tiempo, para que en el ámbito nacional levantara su voz, primero, y llegase a ser la fuerza más determinante, después, tan determinante que en torno a su política se movían, casi siempre con posiciones negativas, las demás fuerzas de la España republicana, llegase a ser, decimos, fuerza determinante el Partido Comunista Español, que apenas en el ayer más inmediato era sólo un nombre?

Nos pueden detenerse aquí las interrogantes. En nuestra mente están dolorosamente incrustadas algunas otras, que también remitimos a los "leales" a los "puros" defensores de la ortodoxia —¿qué ortodoxia?— anarquista, que garrote en mano se paran a la entrada de sus cavernas, dispuestos a no dejar entrar ni el aire purificador, emulando la intransigencia del Santo Oficio, sin querer comprender que si esa misma intransigencia frente a la discusión y al aliento renovador llevó a España —¡todo un imperio!— a su total decadencia, a la par que ideas nuevas, abriendo las puertas al libre examen, hacían grandes a otros pueblos, también acaban —¡y mucho antes!— con las organizaciones políticas que a paso de andadura siguen por el camino de la ineficacia, sin dar las soluciones adecuadas ni interpretar correctamente las necesidades populares, traduciendo esa interpretación en posiciones precisas, activas y operantes. Por eso, nosotros preguntamos: ¿Qué ha pasado con el movimiento anarquista francés? ¿Qué se ha hecho de la idea de todas aquellas masas proudhonianas que un día dieron al mundo la gloria de la Comuna de París? ¿Dónde está la influencia anarquista en el proletariado francés? Y estas interrogantes adquieren todavía tintes más amargos al pensar en Italia. ¿Qué ha acontecido con nuestras ideas en Italia, país donde, a semejanza de España y superándola en el aspecto teórico, sí proyectaban una gran influencia en las masas trabajadoras? ¿Dónde se encuentran hoy esos sindicatos que bajo la dirección anarquista llegaron, en su potencia, a la toma de fábricas y talleres? Esas mismas preguntas deberán tener idéntica desdichada respuesta al referirnos, por no citar más, a la C.R.O.M. en México y a la F.O.R.A. en la Argentina, país, este último, en que la idea motora anarquista llegó a

"NUNCA SEGUNDAS PARTES FUERON BUENAS"

Un sinnúmero de circunstancias diversas, impidieron la salida de nuestro periódico "UNIDAD". Nos ha sorprendido haber visto un nuevo paladín adjudicándose la continuidad de nuestro periódico, aunque valiéndose de un ardid en el título. Tenemos que anunciar que "Unidad" de ayer es la "Unidad" de hoy y que a nadie hemos autorizado para que nos represente en nuestras concepciones políticas y sociales. Nosotros seguiremos manteniendo la misma posición, la misma línea y el mismo pensamiento unitario que nos trazamos al nacer. "Unidad" no rompe con su pasado; sigue impertérrito en la brecha por la unidad de la C. N. T. y por

la Revolución española. ..Anunciamos que el próximo número saldrá "UNIFICACION" en vez de "Unidad". Causas superiores a nuestra voluntad exigen el cambio de nombre.

Por encontrarse enfermo el compañero Administrador hemos nombrado en su puesto al compañero Joaquín Abella.

Notificamos a los compañeros que sostenían relaciones con nuestro periódico, que pueden seguir escribiendo sobre los mismos temas que quedaron pendientes, ya que nuestra Redacción la componen los mismos compañeros, sin más cambio que el de Administrador por la causa señalada.

mirlas el simple hecho de negarlas. Se hace política como se piensa o como se anda; por un automatismo riguroso e inevitable. Se tronaba contra los partidos políticos y en las filas mismas de la C. N. T. teníamos ese partido, con todos los inconvenientes y ninguna de sus ventajas; tal partido era la F. A. I. Solamente puede negar tal cosa aquel que no conozca nada del desarrollo de nuestro movimiento. De cómo era esto así, y de cómo la derrota de la República impidió que la F. A. I. se convirtiera oficialmente en tal partido, hablaremos más adelante. Siempre a la organización sindical le llegaron las resoluciones después de haber sido aprobadas en los grupos minoritarios, pero homogéneos de la F. A. I. o impuestas por determinados grupos de acción, que obraban al margen de ésta, pero en estrecha relación con ella. No obstante las grandes polémicas que la ingerencia de la F. A. I. provocaba en algunos sectores de nuestra organización, polémicas que dieron lugar al nacimiento de alguno de los movimientos revisionistas o reformistas que ya hemos mencionado, se cumplía con la necesidad de dotar al movimiento sindical, que no es ni puede

ETAPA DE NUESTRA GUERRA

Pero las cosas acontecían del único modo posible en nuestro campo. Y es así que prosiguiendo, en el orden teórico, con las Comunas Libres, el libre acuerdo, la ayuda mutua, el lema "De cada uno según sus fuerzas y a cada uno según sus necesidades" y otras fórmulas idealistas y utópicas semejantes, defendidas con fervor y a las veces con fanatismo, se llega a nuestra guerra civil de 1936.

Este es el acontecimiento determinante en la vida de la C. N. T. y hasta en la vida del mismo movimiento anarquista; no solamente en su aspecto táctico español sino en el más ampliamente teórico. No podía ser de otro modo. Una conmoción semejante, que afecta a la vida toda de un país y que altera todos sus fundamentos y normas, tiene que determinar una sacudida en los conglomerados políticos y sociales que los integran. El sentido de la vida cambia. Los antagonismos adquieren otro signo. La disputa, sin desaparecer, se postpone, troncándose en colaboración ante un enemigo común. El anarquismo en España iba, pues, a ponerse a prueba, por encima de especulaciones. Lo que allí se hiciera tenía que ser normativo para los demás, por encima de libros y folletos, sin evasiones ante la realidad, so pena de perecer.

Ha quedado atrás toda esa gimnasia revolucionaria y está por delante el momento de realizaciones prácticas. Inesperadamente se encuentra el anarcosindicalismo español con una situación aparentemente propicia. Como antecedente inmediato, tiene el movimiento libertario los "golpes" de 1932 y 1933 y la Revolución de Octubre; como realidad palpante, sangrante tiene frente a sí la guerra y las armas. ¿Qué va a suceder? ¿Va a intentarse proclamar el Comunismo Libertario, allá donde la C. N. T. pueda dominar la situación? Merced a esa gimnasia son las fuerzas cenetistas, primero que nadie y mejor que nadie, las que escriben los triunfos iniciales de la República. Ahí están las provincias de Cataluña y de Levante; ahí están Toledo, Guadalajara, Madrid, etc. para atestiguarlo. A la C. N. T. no se le dieron armas por parte del Gobierno que,

CAMBIO REAL DE LA MENTALIDAD CENETISTA

La agresión fascista pone en evidencia algo decisivo en la mentalidad cenetista: no es suficiente luchar para destruir; hay que crear, gobernar, dirigir políticamente la guerra. Aun para el acto mismo de la lucha, la realidad se encarga de destruir nuestras predicas: no se puede seguir con el miliciano o el guerrillero. Hay que organizar el Ejército y aceptar, compartir y defender la disciplina militar, frente a la disciplina militar del fascismo. Pero se carecía de experiencia política; de doctrina política, sobre todo. Hubo vacilaciones. Realmente era muy duro hacer todo aquello que hasta la fecha se había combatido. Muy duro decir que era imprescindible el Ejército regular, la disciplina, los mandos, las órdenes y el gobierno mismo, todo aquello, en suma, contra lo que se había dado la sangre año tras año. Esas vacilaciones, hijas de la inexperiencia, determinaron que llegáramos tarde al Gobierno, tarde al Ejército y al Comisariado de Guerra. Del brazo de esa misma inexperiencia, obrando por estímulos emocionales, ajenos totalmente a la conveniencia política y de espaldas, por tanto, a nuestros propios intereses, salimos del Gobierno por solidaridad con Largo Caballero. De este infantilismo político supieron sacar provecho los demás, sobre todo el Partido Comunista, que encontró la ocasión propicia para acentuar más su influencia, ante la falta de una adecuada oposición, y poder dedicarse, sin freno, y llevado del sectarismo reinante por entonces en sus filas, a un trabajo de destrucción de cuanto había hecho la C. N. T. y a sistematizar una campaña para desprestigiarla.

Se formó, pues, parte del gobierno. Nadie se hizo el harakiri. Cierta que algunas gentes patearon, pero son los mismos que siguen pateando ahora, mientras se dedican a pastar en la solitaria llanura de su caos ideológico y se entretienen, a falta de algo mejor, en matar moscas con el rabo. Cierta, también que del exterior algunos teorizantes anarquistas se permitieron la necia osadía de anatematizar la trayectoria de la C. N. T. ¡Ellos que con sus elucubraciones habían dejado perder el movimiento obrero anarquista, en sus respectivos países, pretendían que se perdiera también el último baluarte que esas ideas tienen en el mundo! Asimismo cierto que hay, a estas alturas nada menos, quienes, en nuestro campo, integrando el sector tradicional y furibundamente, apolítico, siguen negando los hechos o planteando los arbitrariamente. Pero nada de eso tiene importancia. La C. N. T., situada ante la realidad, tuvo que fijar una posición claramente política y apreciar que, pese a las doctrinas, no podía prescindirse del Estado de una manera inmediata. El pragmatismo de la militancia cenetista significó su mejor triunfo. La dinámica interna del militante medio de la C. N. T. lo llevó a optar por el mejor camino, por el camino más revolucionario, en una elección que se presentaba realmente difícil.

Las circunstancias, pues, nos situaron, ahora de una manera total, en el camino de la rectificación de principios. Y puestos en el trance de gobernar ahí están, como realizaciones magníficas, el Decreto sobre Colectivizaciones, el Consejo Nacional de Industrias de Guerra y el Consejo General de Economía, organismo este último que a la fecha, quince años después, está creándose en el seno de la de-

ser una doctrina política, de un criterio uniforme, ahora sí clara, terminante y necesariamente político, como tendremos que analizar en el transcurso de este manifiesto. En realidad se sentía la necesidad de esa dirección política, que era ejercida por quien, paradójicamente, —¡otra vez nuestras paradojas!—, preconizaba la libertad en nombre del anarquismo, establecía, en la práctica, el más feroz y arbitrario de los autoritarismos: el de la violencia. Y aun con todas sus imperfecciones; sin una doctrina política realista, sin una conciencia clara de los objetivos a lograr, sin una teoría de la Revolución, en suma, la F. A. I. integró a la C. N. T. imprimiendo a unas masas forzosamente heterogéneas, una dirección uniforme, si bien doctrinalmente vaga y utópica. Si la F. A. I. hubiese tenido una teoría precisa, científica de la Revolución, todo habría sido posible en España y hasta todo se hubiese realizado en el orden revolucionario con una organización como la C. N. T., con su espíritu combativo, con su desprendimiento, con la calidad inigualable de su militancia media, con su sentido heroico de la solidaridad y de la lucha de clases.]

al parecer, pretendía, de forma por demás mendaz, dejarla al margen en la lucha contra la rebelión fascista. No hacía falta que se las dieran; le bastaba saber dónde estaban y que podían conquistarse, si bien a costa de todos los sacrificios. Y al conquistarlas escribió esas páginas de gesta en nuestra guerra. Era el hecho violento para el que la C. N. T. tenía mejor preparación que nadie. Aquellas interrogantes quedaron resueltas, y resueltas satisfactoriamente. No obstante todas las circunstancias, que en apariencia eran las condiciones objetivas necesarias y óptimas para la insurrección anarquista, a nadie se le ocurrió declarar el Comunismo Libertario. Tal cosa pudo parecer insólita y hasta es probable que el falangismo especulara políticamente con esa posibilidad. La realidad es que de una forma asombrosamente intuitiva, supliendo así por instinto, lo que faltaba de doctrina, las masas cenetistas comprendieron que había que luchar, ante todo y sobre todo, para abatir al falangismo. Y lo que solamente un día antes hubiera sido juzgado como imposible, aconteció de la manera más natural. Ahí está en pie ese hecho, por encima de las patrañas que los enemigos de la C. N. T. lanzaron a todos los vientos, en los días de nuestra guerra y que no es menester de este escrito tratar. Hombre con hombre con los elementos de las fuerzas represivas del Estado, esas mismas fuerzas que se distinguieron en su persecución a la C. N. T., luchaban los cenetistas, viendo ahora en ellos lo que realmente eran: camaradas de armas y de causa. La C. N. T. había logrado en esa coyuntura histórica la más valiosa de sus victorias: la victoria sobre sí misma. Una victoria que habría de tener una expresión emocionada y emocionante en aquella declaración de Durruti, que era tanto la expresión del pensamiento cenetista como todo un tratado de táctica política: "Renunciamos a todo menos a la Victoria". Y se renunció. En este orden, como en tantos otros, es la C. N. T. la única fuerza del bloque antifascista que entregó a la causa de la guerra, a la causa de la defensa de la República, todo cuanto tenía de más querido, el motor mismo que la impulsaba: las ideas.

mocracia burguesa como una conquista social, por lo que tiene de incorporación del proletariado en la dirección económica del Estado, y del reconocimiento por parte de éste de la misión directora de aquél. En algo más de sesenta años, el pensamiento anarquista se tendría que encontrar dos veces en conflicto consigo mismo: la Comuna de París y nuestra guerra de 1936. Del primer caso, del comportamiento de los proudhonianos en el primer movimiento revolucionario obrero del mundo, ya hablaremos en su oportunidad en este trabajo; de nuestra guerra ya hemos hablado lo necesario para la finalidad que nos hemos trazado ahora, si bien corresponderá, para establecer un juicio crítico más severo y serio, que en nuestro medio se haga el análisis político amplio de nuestra guerra.

¿Pudimos hacerlo mejor? Hicimos lo único que podíamos hacer; aquello para lo que estábamos preparados, a remolque de las circunstancias y obligados por ellas. Sin teoría política era difícil hacer política.

A la luz de los hechos someramente mencionados surgen otras preguntas. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué lección nos ha dado la experiencia? ¿Hasta qué punto hemos aprendido esas lecciones? Nuestra guerra no fue un levantamiento caprichoso o planteado como una reacción súbita ante determinados sucesos. Fue la consecuencia natural, el desenlace preciso de toda una serie de hechos, entrelazados entre sí, que van marcando la reacción del capitalismo español, en amalgama con el clero, ante una República de republicanos enfermos de idealismo y de una socialdemocracia contrarrevolucionaria, dedicada a servir internacionalmente los intereses más bastardos del imperialismo; socialdemocracia que, en ese orden internacional, se situó claramente frente al pueblo español, con excepción de los sectores verdaderamente marxistas y revolucionarios, votando el infame No Intervención. Entre esas dos fuerzas se desentendieron otros dos: el anarcosindicalismo y el sector bolchevique del marxismo: el Partido Comunista. A la postre fueron esas dos fuerzas las que polarizaron toda la más esencial actividad militar y política durante la guerra. Fuerzas doctrinalmente antagonistas que son, aunque parezca paradójico u "hereje", tácticamente similares, por frío cálculo, en un caso, y por temperamento, en otro. Tales cosas nos obligan a la reflexión y tras de la reflexión a marcar un camino a seguir.

Conviene señalar, para ir dando fin a este bosquejo del pasado, cómo en las postrimerías de nuestra guerra la F. A. I. acordó su intervención directa en la vida política, en el gobierno, cuando fuese el momento oportuno, dando oficialmente de lado una actuación política que de hecho había abandonado siempre. Estaba la F. A. I. a punto de declararse el partido político del movimiento libertario. A punto, pues, de plantearse, con los hechos y sin retórica, la posición oficial del anarquismo español encuadrado dentro de la estructura del Estado.

Y así hemos dado un repaso esquemático al pasado. Pero es pasado y sólo nos sirve para enfrentarnos a lo por venir; con vigor si sabemos aprovechar sus enseñanzas, con inferioridad si pretendemos vivir de ese pasado.

EL ANARQUISMO ANTE LA REVOLUCION

La mente del hombre se halla en una lucha de gigantes proporciones, arrastrada a ella por el deseo de encontrar solución a los males de nuestro tiempo. Es una lucha tan antigua como la existencia misma de los primeros conglomerados humanos, pero que hoy adquiere un signo definitivo. No se trata ya de superar la animalidad con que el hombre entra en la historia, allá en el alba del mundo, sino de hacer que el hombre en plenitud de posesión de todo lo necesario para construir un mundo definitivamente justo, se dé a la tarea de lograrlo.

Vivimos un régimen que se asienta sobre la desigualdad económica, donde al lado mismo del que todo lo tiene en cantidades ilimitadas, existe el que carece hasta de albergue. Los poderosos, en minoría, mandan y oprimen al resto de los hombres en condiciones de una auténtica aunque moderna esclavitud. La igualdad política es sólo una mera afirmación teórica. Solamente el que tiene asegurada la independencia económica vive la libertad política, pues la hace a su imagen y semejanza. Es un régimen que se funda sobre la más cruel diferenciación de clases y de razas, creando mitos de superioridad

para explotar el esfuerzo muscular del hombre de color y el de los indígenas de los países económicamente coloniales. Un régimen donde la explotación del hombre por el hombre es su razón de vida y donde la máquina, destinada a ser instrumento de liberación es, sobre todo, instrumento de opresión en manos de quien la posee. Un régimen donde las clases trabajadoras, los obreros y campesinos, que son los únicos que crean la riqueza, forman un ejército de esclavos. Un régimen que en su inutilidad no puede asegurar el trabajo a los hombres, condenándolos a la inactividad y, por tanto, al hambre. Un régimen basado en la competencia de los mercados, que determina el choque de los intereses mismos capitalistas entre sí; esto es, la guerra.

Tal es el régimen capitalista que intenta sobrevivir. Pero esta situación debe acabar. Tal es la síntesis a la que, sin disputa, se ha llegado. Y ciertamente hay que disponerse a que se cumpla, sin que nada pueda detener la marcha firme e implacable hacia la destrucción de un orden viejo y malo para que nazca otro mejor.

CRISIS DEL CAPITALISMO

Si pudo afirmarse que sin la esclavitud no hubiera sido posible el helenismo; es decir, el arte y la ciencia de Grecia; que no hubiera sido posible el Imperio Romano y que, en consecuencia, sin la esclavitud no sería posible concebir el socialismo moderno, ahora podemos afirmar, en rigor, que sin el capitalismo, considerado como una síntesis superior y más perfecta de las etapas anteriores en el desarrollo de la humanidad, no podríamos concebir el socialismo, tal y como hoy podemos y debemos concebirlo. El capitalismo ha cumplido su etapa y tiene plena justificación histórica, habiendo desarrollado su ciclo, hasta encontrarnos en el estado actual de desenvolvimiento económico; un estado tan avanzado en la producción que ésta, al centralizarse, comenzó a tener un carácter típicamente social. Pero es precisamente a medida que se ha producido su desarrollo, cuando el capitalismo llega a una situación tal de concentración del poder económico en tan pocas manos, que se hace incompatible con su propia estructura.

Evidentemente estamos asistiendo a la crisis definitiva del régimen capitalista, enfermo por sus propias contradicciones. Es tan actual como cuando se formuló, aquella afirmación de que el capitalismo lleva en sí mismo su propia destrucción. Se devora a sí propio en esa inevitable autofagia, que si le es necesaria para vivir, le lleva a la muerte también. Estamos a las mismas puertas de un mundo totalmente nuevo. Una distinta y superior etapa de la civilización se abrió en 1917, con la Revolución rusa, con la que surge al escenario de la historia el proletariado como fuerza dirigente. Así como se ha vivido una etapa feudal y una etapa absolutista, como se vive ahora la capitalista, hemos de prepararnos a vivir otra diferente y superada, de fundamentos económicos, políticos y morales nuevos. ¿Socialismo? Sí; socialismo como tránsito obligado para llegar al Comunismo. Para nosotros, hombres revolucionarios, socialistas todos, cualquiera que sea el denominador particular que nos distinga, esa es la única esperanza; lo será también para todos los hombres, de todas las razas, pues a todos alcanzará su gloria. Socialismo, sí; contra capitalismo. De la propiedad privada de los medios de producción a la socialización de los mismos.

Dos mundos están en pugna, en una fase crítica para el destino del hombre. De un lado el mundo capitalista, percatado peligrosamente de la proximidad de su muerte. De otro, el mundo de las fuerzas del proletariado. El mundo capitalista no se resigna a morir y es por eso que a la hora de ahora, cuando apenas se están levantando las construcciones en ruinas y están sin cicatrizar las heridas de los hombres, la amenaza de otra guerra se cierne sobre la tierra. El capitalismo esgrime amenazador las más mortíferas armas nucleares, llevado del ánimo de detener el avance de las fuerzas progresivas. Pero frente a ese mundo caduco, que lleno de temor no ve más salida que la guerra, se levanta el proletariado, un proletariado ya triunfante, construyendo el socialismo en territorios que habitan mil millones de seres humanos y otro proletariado que en las trincheras mismas del régimen capitalista se apresta a triunfar.

Para esta obra de construir un mundo mejor, el mundo del socialismo en marcha hacia el Comunismo, será menester que los anarquistas nos dispongamos a revisar todo nuestro bagaje doctrinal, desechando todo lo inútil, sin que ningún sentimentalismo nos detenga o nos haga cargar con un lastre que va a dificultar nuestra marcha. Se hace menester contar con

NUESTRO INSTRUMENTO DOCTRINAL

¿Cuál es el instrumento teórico del anarquismo? ¿Es bueno? ¿Basta por sí solo para garantizar al proletariado la conquista de esa meta del Comunismo? Vamos a establecer algunas consideraciones para precisar cuál es, a nuestro juicio, la posición que debe adoptar el anarquismo español y, en consecuencia, el anarquismo todo. Ninguna heterodoxia nos asusta.

Como hemos podido ver a través de estas páginas, el anarquismo español hace mucho tiempo que entró en una etapa de revisión. De su fase puramente ideal, abstracta, de generalizaciones utópicas, pasó a integrarse en organismos de lucha, buscando formas prácticas de aplicación. Esta es la razón de su supervivencia en España. No se limitó a teorizar, o más bien no teorizó nada, sino que buscó, y lo logró, apoyarse y fundirse con el proletariado; tener masas obreras. De la absoluta vaguedad ideológica, hubo de saltar a otra más relativa, proyectando sus utopías a núcleos organizados de hombres, de trabajadores, intentando, así, su practicismo. Ya no eran elucubraciones filosóficas, tan encantadoras como infantiles. Comprendiendo que el hombre no podía quedar sujeto, en cuanto a sociedad, a un mero proceso evolutivo, aceptando un fatalismo histórico totalmente erróneo, el anarquismo español comenzó por enfrentarse a algunas realidades objetivas, a las que no podía sustraerse. Entre estas realidades, la más fundamental era la que se desprendía de la propia actuación de la burguesía española, cerial y clerical, firmemente unida por su interés de clase, dispuesta en toda ocasión a cerrar el paso a las reivindicaciones obreras, contando para ello con el auxilio de la clase gobernante. Ahí estaba la C. N. T. como organización sindical, como organismo defensivo de los trabajadores, para el planteamiento de mejoras económicas, pero

colaboraciones más amplias. Tendremos que revisar los antagonismos ideológicos, para ver si habiéndolos tenido como inevitables y esenciales, lo son en realidad tanto, o si solamente queda uno en pie: el antagonismo con el sistema capitalista, el antagonismo de las clases. Para ello será necesario disponernos a considerar hasta donde conduce el camino de la intolerancia. Algo distinto se hace menester; que en esta lucha muchas cosas se han derrumbado en el campo revolucionario. Muchos mitos se han venido a tierra y muchas concepciones, tomadas como dogma, no han podido resistir la dura prueba de la realidad. Naturalmente que estas rectificaciones se han producido en todo el campo revolucionario; no solamente en el anarquista. Las hemos visto en el campo marxista. Así, por ejemplo, la táctica de la anulación de la clase burguesa, llevada a extremos desorbitados, ha conducido inevitablemente a su aplicación al propio proletariado, a todos aquellos que han incurrido en el delito de pensar, pretendiendo poner en duda lo acertado de una directiva, que a todas luces debe antojarse arbitraria por lo inflexible y cerrada al análisis. Tal cosa ha tenido que ser rectificadas. Hemos podido ver cómo el Partido Bolchevique hubo de estimular, en plena guerra, el sentimiento patrio y abrir un amplio campo de tolerancia a la práctica religiosa, pues la realidad vino a demostrar que el territorio soviético no bastaba a ser defendido por los militantes del credo marxista, por los miembros del Partido Comunista de la U.R.S.S., sino que una más amplia colaboración se hacía necesaria para defender el suelo patrio, que era, a la postre, defender el socialismo. La cerrada dirección centralista, de consignas indiscutibles, ha sido sustituida, en el campo internacional, por el reconocimiento de la necesidad de la aplicación de medidas ajustadas a las distintas realidades nacionales. Como consecuencia de ello, tenemos hoy las llamadas Democracias Populares, viviendo todas ellas las fases peculiares a esa realidad nacional en la aplicación de las medidas que las conducen al Socialismo. Y tenemos el caso de China, manteniendo una política de independencia de toda directiva, atenta solamente a conseguir el derecho a construir el socialismo para sesientos millones de seres humanos que la componen. A todos los campos revolucionarios alcanza, pues, la revisión.

Esta tarea de revisión es la que nos corresponde hacer a los anarquistas para preparar lo por venir, pues tanto como el presente es el futuro obra del hombre de hoy. Afirma un principio filosófico elemental, que de la contradicción nace la perfección. Nada más cierto. Sin la constante inconformidad con lo que tenemos, sin tratar de continuo de poner a prueba la verdad que creemos poseer, sometiénola a la duda, aun estaríamos viviendo en la Edad de Piedra. En nuestros días, aquellas superestructuras como la religión, la moral, el ideal todo —así, en abstracto— están de continuo creando en la mente de los hombres interrogantes dolorosos. Y esos juicios de valor, como lo bueno o lo malo o lo justo, tienen un carácter terminantemente relativo, adquieren signos distintos. ¡Cómo no vamos a meditar sobre la verdad de nuestras doctrinas! Está claro que al hablar sobre la revisión del anarquismo pensamos en España, que es donde se mantiene vivo. En España donde, entre dolor y esperanza; entre persecuciones y lucha; entre infamias de los falangistas y sacrificios heroicos de los españoles, también se prepara ese mundo del mañana, tan próximo ya que ha entrado en la órbita de nuestros cuidadosos afanes de hoy.

políticamente influenciada por la doctrina anarquista, encargada de encauzar sus movimientos y darles contenido político, doctrinal. Grupos aislados de anarquistas, cuando no simples individualidades, cumplían esta función, pero de una manera imprecisa políticamente; siempre a través de la interpretación individual de unos textos no menos imprecisos. Se comprendió la necesidad de que esa orientación fuese homogénea, estudiada, previamente acordada. Y así se saltó de la actuación desorganizada e individualista, a la actuación organizada y colectiva de un organismo anarquista disciplinado; éste fue la F. A. I. Cumplía así el núcleo humano anarquista, el conglomerado ideológico anarquista, el ciclo de desarrollo del hombre mismo, que entra animal todavía en la historia y lucha contra todos los demás. El día que se une con otros da comienzo el nacimiento de la civilización. El anarquista que del individualismo más intransigente pasa a unirse con otros, da un paso hacia adelante; cuando se une en grupos organizados, nace como organización política.

No fué empresa fácil, ideológicamente hablando, la creación de la F. A. I. Se tropezaba con la oposición de todos aquellos que consideraban la asociación como un delito contra la libertad del individuo; eran todos esos que odiaban a la organización sindical, por lo que tenía de masa organizada, donde el interés individual quedaba supeditado al colectivo. ¡Qué larga vida tendría la burguesía con semejante "oposición"! Todavía quedan por ahí algunos ejemplares raros de esa especie. Consideramos que tal cosa es buena para la historia, pues nos permite analizarlos, disecarlos "in vivo". Descubrirlos produce una gran alegría; la misma que debe tener el arqueólogo cuando logra sacar al aire de nuestro tiempo el gigantes-

co esqueleto de un Dinosaurio o la mandíbula de un Phitecantropus Erectus.

Una vez creada la F.A.I., fue este organismo el que orientó en todo momento a la C.N.T., con la intervención de algún grupo aislado que operaba de acuerdo con aquella, pero independientemente, por razones "tácticas" que no políticas. De esta forma, con la acción individualista, primero, y con la organización de la F.A.I., después, se desenvolvió la C.N.T. de la forma que rápidamente hemos señalado.

¿Cuál ha sido la doctrina política de la C.N.T. determinada por su influencia anarquista? Como objetivo a lograr, éste: Comunismo Libertario. Como fundamentos doctrinales, citaremos los más importantes: destrucción inmediata del Estado; supresión de la autoridad y, consecuentemente, de toda forma de Gobierno que imponga las órdenes; las Comunidades Libres como organismo regulador de toda actividad pública y de organizar y encauzar la vida ciudadana, a través del libre acuerdo; igualdad en los salarios para todos los hombres, cualquiera que sea su actividad o su función, que puede resumirse en ese lema que ha sido para los anarquistas, algo así como la Tabla de Moisés; "De cada uno según sus fuerzas y a cada uno según sus necesidades"; los acuerdos emanados de abajo hacia arriba, tras la discusión por procedimientos y normas semejantes a las que rigen a la C.N.T. y por conducto de una estructura de dirección semejante también. En torno a todo esto, palabras como "asambleas en la plaza pública" "ayuda mutua", etc.

Tras de todas las experiencias del pasado, hemos podido comprobar cómo el movimiento anarquista ha tenido que actuar en forma contraria a sus predecesores doctrinales, tal como ha acontecido siempre, en todos los órdenes, a aquellos que han sido meramente doctrinarios; es decir, ajenos a la observancia de la realidad, pisando el terreno de la especulación y no de la ciencia. Puestas, pues, las doctrinas anarquistas tradicionales frente a frente a la realidad, han salido tan mal paradas que realmente son los hechos mismos los encargados de combatirlas. No obstante, es necesario hacer algunos comentarios en torno a ellas, antes de pasar a fijar de una manera concreta los puntos que nosotros consideramos necesarios establecer como la posición política del anarquismo.

En primer término queremos señalar de nueva cuenta lo impropio de la denominación de Comunismo Libertario. Comunismo no hay más que uno. No hay otro que aquel que debe surgir con la desaparición del Estado, cuando se haya recorrido el camino socialista, como una etapa obligada en el desarrollo de la nueva sociedad; etapa destinada a superar gradualmente todas las dificultades que presenta la acomodación al nuevo orden de cosas. El Comunismo no es ningún programa político, es una finalidad; es la meta a alcanzar por la humanidad. No puede haber Comunismo mientras no estén cubiertas las necesidades de los hombres, en todos, absolutamente todos los órdenes. ¡Cuánto camino hay que recorrer y qué difícil! Por la misma razón es igualmente impropio hablar de "nuestro Comunismo", término empleado a últimas fechas por quienes parecen encontrarse en el secreto de todas las cosas, dando por hecho que sabemos cuál es el sentido oculto que encierra ese posesivo. Nada de eso es posible mantener ya con apego a la realidad. En nuestro movimiento se ha hablado de Comunismo Libertario como un medio, como algo a lograr e implantar el mismo día de la Revolución.

Nosotros preguntamos: ¿Cómo se puede hacer realidad dar a cada uno según sus necesidades, aspiración justa que nadie niega y a la que aspiramos todos los revolucionarios? ¿Acaso de una manera inmediata y por arte de encantamiento se va a producir en mayor proporción que se consume, que es cuando se puede hablar de Comunismo? ¿También por obra de taumaturgos va a desaparecer la clase burguesa o someterse complacida al nuevo estado de cosas? ¿Por arte de que asombroso milagro podemos dar por desaparecido el Estado y con él todos los resortes necesarios para imponer las medidas que aconseja la Revolución? ¿Acaso en el espacio de unos días los hombres han evolucionado de tal suerte que ya no necesitan la imposición ni la autoridad? Siempre hemos dicho, por ejemplo, que el hombre delinque como una consecuencia del medio; que es la sociedad —la sociedad burguesa, por supuesto— la que le empuja a ese camino. Estamos de acuerdo todos en eso. En cualquier campo revolucionario, es aceptada como una verdad tal afirmación. Y se añade que cuando el hombre tenga cubiertas sus más diversas necesidades, no tendrá que delinquir; la delincuencia, a partir de ese momento, entra en el campo de la patología. Nadie puede negarlo tampoco, ni lo niega. ¡Ah! ¿Pero cuándo están cubiertas esas necesidades? ¿Qué hacer mientras tanto? Dejemos las utopías.

Por fortuna, como ya hemos dicho repetidamente en el transcurso de este trabajo, una gran corriente revisionista reclama la adopción de una línea doctrinal clara, de una dirección teórica precisa, que va tomando forma en la militancia cenetista y que nos aproxima al momento de lograr ese objetivo, armonizando esas corrientes de revisión. Pero no queremos seguir adelante sin llamar la atención sobre un sector que esgrime la bandera de la revisión de principios dentro de la C.N.T. y que, sin embargo, es para la C.N.T. y para las ideas revolucionarias más peligrosas que la posición de aquellos que estiman que nada aconseja cambiar. Ese sector a que aludimos plantea la intervención política en toda su amplitud; habla del poder, del Estado, de la dictadura obrera, etc.; considera obligado consumir una serie de etapas en el proceso de desenvolvimiento de la Revolución y adopta otras posiciones en consonancia con las señaladas. Pero son gentes dispuestas a unirse con los sectores más contrarrevolucionarios en su odio insensato a la Unión Soviética. Muchos de los componentes de ese sector dicen, con la mayor desvergüenza revolucionaria, que están dispuestos a intervenir con las armas al lado del imperialismo yanqui en contra de la U.R.S.S. Claramente se advierte que su aparente deseo de reforma oculta intenciones bastardas, posiblemente bien cotizadas, pues no se puede admitir en un revolucionario semejante aberración. ¡Mucho cuidado con esta gente! Son el mayor peligro para la C.N.T.; el mayor peligro para la Revolución. Nosotros no estamos conformes con muchos aspectos de la táctica seguida por el Partido Bolchevique, muchas, pero muchas cosas nos separan del Partido Comunista, pero en todo lugar y ocasión estaremos al lado de la Unión Soviética, al lado del proletariado ruso y del de los países que hoy se dedican a la tarea de construir el socialismo. Jamás, pase lo que pase, cualquiera que sea la táctica que siga la Revolución rusa, podremos estar al lado del capitalismo. Ese sí es un antagonismo irreconciliable.

POSICION DEL ANARQUISMO

El movimiento anarquista, que lucha por el establecimiento del Comunismo, debe plantearse en términos definitivamente claros esta firme resolución y de-

clararla públicamente: El anarquismo afirma su intención de luchar por LA CONQUISTA DEL PODER PARA LA CLASE OBRERA, CONQUISTA DIRIGIDA POR EL ANARQUISMO ORGANIZADO.

Tal cosa lleva consigo fijar la posición del anarquismo ante una serie de aspectos, hasta ahora rehuidos cuando no combatidos:

1.—ORGANISMO PARA LLEVAR A CABO Y DIRIGIR ESA CONQUISTA DEL PODER.—Hay en nuestro medio vocablos que hasta hoy se han considerado tabú. El primero y más importante de ellos es el de PARTIDO. Contra los partidos políticos se ha desarrollado siempre la más fuerte campaña y a ellos se les ha aplicado los más duros dictámenes. Pero habiendo sonado la hora de la claridad hay que prescindir del prejuicio que significa estar pendiente de cuál será la reacción de la militancia cenetista. El nombre es para nosotros secundario; lo importante es la función. Sin duda, el movimiento libertario debe adoptar una resolución terminante a este respecto. La acción política debe ser llevada a su término por un organismo de pensamiento homogéneo, que tenga a su cargo la exclusiva responsabilidad de dirigir políticamente a la C.N.T. en su marcha hacia el poder; es decir, la función de partido político. De una manera terminante rechazamos toda tendencia a considerar el sindicalismo como una doctrina; en ningún aspecto. Hemos mencionado claramente cuál ha sido el papel desarrollado por la F.A.I. dentro de las filas de la C.N.T. Ha sido un papel político; más aún, de Partido Político. Como ya indicamos, en las postmilitarias demuestra guerra La F.A.I. había acordado tener oficialmente la representación política del movimiento libertario. Tenemos que considerar si puede o debe ser la F.A.I. la que asuma esa dirección con una trayectoria precisa, con una doctrina política clara, o tendrá que ser otro órgano, que urge crear, aunque sea extraído de las filas mismas de la C.N.T., pero obrando al margen de ella, con absoluta independencia, integrada por una militancia selecta, que en función de conglomerado o partido homogéneo asuma la responsabilidad de esa dirección política sobre la C.N.T. y para la finalidad concreta de la conquista del poder para la clase obrera.

2.—POSICION ANTE EL ESTADO.—En nuestro movimiento siempre se ha planteado arbitrariamente la posición que, ante el Estado, tienen los demás. Es la posición cómoda, desde el punto de vista dialéctico, pero falsa y, por tanto, falsas las consecuencias, de suponer en el adversario una idea y ajustar a ella nuestra réplica. Nosotros somos enemigos del Estado, pero también lo son los marxistas, que establecen de una manera muy clara la desaparición gradual del Estado y hasta lo califican, por boca de Engels, de trasto viejo, entre otros juicios no menos despectivos. Estamos conformes con el concepto marxista que establece que el Estado, como producto del antagonismo de las clases, en un instrumento de dominación en manos de la clase en el poder. El Estado burgués es un instrumento de opresión para el proletariado. Pero el proletariado en el poder hereda la necesidad del Estado para establecer su dominación de clase. No debe parecer "hereje" al anarquismo aceptar esta posición, al entrar en una fase de revisión de principios. Todas las heterodoxias son admisibles llegado el momento de contrastar ideas. Pero los cenetistas tenemos un antecedente de la posición del anarquismo ante el Estado. Tal antecedente es la Comuna de París. ¿Se intentó siquiera suprimir el Estado? En modo alguno. El proletariado, triunfante por primera vez en el mundo, lo que hizo fue suprimir de inmediato todos los aspectos perniciosos del Estado, creando otros y dejando los necesarios para poder establecer su dominación. ¡Y pensemos que esa gloriosa Comuna de París que causó estupor por sus aciertos a los propios marxistas, estaba dirigida en su mayor parte por los proudhonianos!

3.—DICTADURA.—He aquí también otro aspecto de discordia. Veamos si lo es en realidad. No podemos resistir la tentación de acudir de nuevo a la Comuna de París. Queremos citar unas palabras de Engels, escritas para la "Guerra Civil en Francia" de Marx. Dijo así el teórico del marxismo: "Ultimamente las palabras "dictadura del proletariado" han vuelto a sumir en horror al filisteo social demócrata. Pues bien, caballeros, ¿queréis saber qué faz presenta esa dictadura? Mirad a la Comuna de París; he ahí la dictadura del proletariado!" Ya no es nada nuevo oír en nuestros medios hablar de la dictadura que habrá que imponer con la Revolución. Tal cosa se está planteando polémicamente de la manera más normal y continuada. Quiere esto decir que la mentalidad de muchos cenetistas se ha hecho va a la idea de esa dictadura, tras de las experiencias vividas. Es indudable que el proletariado triunfante tiene que establecer la dictadura; como se da la circunstancia de que se trata del proletariado tiene que ser la dictadura del proletariado. Seamos consecuentes y no nos asustemos por palabras, por el solo hecho de haber sido mencionadas por otros. Para el establecimiento de esta dictadura, tengamos en cuenta que no solamente se trata de imponerla para conseguir la desaparición, en cuanto clase, de la burguesía, sino de la mentalidad burguesa, que alcanza a pervertir al propio proletariado. Lo que quiere decir, en lenguaje llano, que esa dictadura alcanza al proletariado mismo. Solamente con esa dictadura será posible consolidar el poder de la clase obrera. En nuestros medios, influenciados de humanismo, siempre se habla de libertad. Hay que acabar con ese mito de la libertad en abstracto. Recordamos el estupor de ese filisteo (como hubiese dicho Engels) de Fernando de los Ríos cuando escuchó de Lenin esta respuesta a la pregunta que le formuló: "Libertad para qué?" En efecto, la libertad no es nada por sí misma. La libertad puede ser buena como puede ser muy mala. Sobre todo es muy mala si ella pone en peligro las conquistas de la Revolución o las retarda. La Revolución establecerá la dosis de libertad que su propia seguridad aconseje. Y debemos prepararnos a que tal vez aconseje que no haya ninguna. En la medida que las condiciones sociales nuevas y libres —libres de la tiranía, del temor, de la inseguridad— se desenvuelvan, disminuirá y desaparecerá, como el Estado, la dictadura del proletariado.

4.—ETAPAS.—El Comunismo no está a la vuelta de la esquina. Debemos prepararnos a considerar la necesidad de unas fases hasta llegar a él. Una vez que el proletariado está en el poder tendremos que recorrer el camino de la construcción socialista, que empieza inevitablemente con la supresión de la propiedad privada sobre los medios de producción. Antes de llegar al poder, y como medio para lograrlo, también será necesario cumplir con el recorrido de unas etapas que empezando por la Revolución Democrática y la convivencia o coexistencia, como se dice ahora, pueda situar al proletariado en las puertas de su dominación de clase. Para ello será pre-



LA UNIDAD DE LA C. N. T.

Nadie que ame a la C. N. T., de sus nuevos o viejos militantes, pueden ser enemigos del reagrupamiento de la organización confederal. No puede atreverse alguien —aunque quisiera— a desentonar de este pensamiento unilateral. No obstante, conviene que digamos la verdad de cuanto se realiza entre cortinas para que la unidad, en caso de hacerse, responda a nobles objetivos revolucionarios.

"Unidad" tuvo la virtud de provocar la inquietud unionista a su salida. Desde entonces no han parado las reuniones de compañeros en busca de algo que pueda unirnos a todos, pero dentro de este noble pensamiento se oculta otro del cual nadie puede participar una vez conocido. Veamos: En los mentideros cafeteriles se dice a hurtadillas unas veces y a voz en grito otras, que "hay que pulverizar a los barbudos de la Subdelegación del grupo Tierra y Libertad". Estos son —según ellos— los caciques en parte de la desunión de nuestro movimiento. Una vez manifestado esto, se enfocan las baterías de grueso calibre contra la media docena de compañeros de la Agrupación de la C. N. T., que "obstaculizan la unidad". Son media docena nada más, alegan algunos compañeros, que a última hora se han erigido en Comisión nada menos ni nada más que para imponer la unidad.

Se pretende crear un movimiento que por su "magnitud" envolvente elimine a unos y otros del estadio de la "lucha" y crear la "verdadera organización." Con este pensamiento no puede haber unidad, como tampoco puede haber unidad confederal siguiendo Doña Federica queriendo negar al Comité Nacional de la C. N. T. la continuidad de nuestro movimiento. Si algo existe que represente legítima continuidad de la C. N. T. es el Comité Nacional. Nos guste o no, pero es así.

En la nueva Comisión "unitaria" de México sabemos que existe un compañero de buena fé, de excesiva buena fé, pero debe anunciar en el Boletín que no se pretende crear una tercera organización, ni que tiene valor lo dicho por algunos de sus amigos de Comisión en el sentido de anulación de unos y de otros de ambos movimientos. Si se quiere la unidad hay que ir con procedimientos nobles y sin dobles intenciones. La C. N. T. vale más, mucho más que una Comisión, que dos Comisiones y que todos nosotros juntos.

Yo deseo la unidad, pero la unidad para hacer algo por defender o acercar el triunfo de nuestra causa. Una unidad para tomar café y decir YA ESTAMOS JUNTOS. Ni la necesito ni la puede necesitar nadie. La unidad debe ser para estudiar todos los problemas que desde tiempo inmemorial divide a nuestra organización, como asimismo debe servir de vehículo unitario al antifranquismo español.

Juan Diego.

POSICION INMEDIATA DE LA C. N. T.

Nuestra mística revolucionaria de más de medio siglo a esta parte, parece que va en descenso. No vemos afán en nuestra militancia de superar un estado deprimente e inconcebible.

Las revoluciones burguesas han pasado a la historia con todo ese lastre de liberalismo burgués, y presenciarnos la era de las grandes revoluciones socialistas. Hoy existen más posibilidades revolucionarias que ayer y mañana existirán más que hoy. Esta afirmación será una ingenuidad para los que no dudan de esta realidad, pero será una advertencia mediativa a aquellos que no creen ya en la Revolución Social.

ciso la elaboración de un programa, que no es misión de este trabajo.

Ahí queda nuestro criterio. Es el criterio honrado de un grupo de cenetistas que tienen la preocupación de que la C.N.T. no desaparezca, llevada por el camino de la esterilidad y de la ineficacia; por el camino de las utopías sólo buenas para soñarlas. Urge discutir. La militancia en el exterior está plenamente capacitada para hacerlo. Debe hacerlo. La posición de aquellos que dicen que debe esperarse a ir a España, es una posición suicida.

Y queremos terminar con palabras de fe cenetista. No sabemos cuál es el porvenir que espera a la C.N.T. Si sabemos algo: cualquiera que sea ese porvenir, tenemos la seguridad de que no habrá nadie, andando los años, que al vivir en ese mundo nuevo que está surgiendo, deje de mencionar a la C.N.T. como una de las fuerzas que trabajaron, vivieron y se sacrificaron por la Revolución, preparándola con fe de iluminadas.

México, D. F. a 19 Febrero 1955

Tenemos múltiples problemas inmediatos que resolver en la C. N. T. No podemos hacernos a la idea que nuestro movimiento está bien como está: profundamente dividido. Nadie puede tratarnos en serio, ni nuestra organización es nada, de continuar como hasta aquí. Si alguien, consciente o inconscientemente, trabaja para el enemigo, es hora ya de apartarlo de nuestros medios.

La C. N. T. no puede olvidar sus principios de lucha de clases ni abandonar al museo de antigüedades nuestra finalidad. Somos hijos de aquella escuela que trabaja por la desaparición de los poderes coercitivos del Estado.

Nuestra organización debe integrarse monolíticamente en un estadio de hermandad y de comprensión en los problemas actuales que estremecen al mundo. Si esta comprensión la solicitamos para con todos los sectores revolucionarios del pueblo español, no sería lógico desoir una inquietud de nuestro propio movimiento.

No comprendemos todavía la "razón" de la división confederal por nimios detalles de dirección. Existe una corriente en que los problemas orgánicos y revolucionarios deben ser llevados por los compañeros que soportan la tiranía franquista. En contraposición a este pensamiento existe otro que defiende la necesidad que sea desde el exilio donde se organice la lucha abierta contra el franquismo. Razones numerosas se exponen de ambas partes, pero todas ellas son fenómenos alejados de la realidad y de la comprensión. Si hubiese ganas de hacer algo en defensa de nuestra patria, todos los motivos y razones quedarían minimizados ante el interés supremo de salvar a España de la intromisión yanqui en sus destinos. Además ¿por qué no reconocer que el movimiento interior de España, puede y debe tener facultades en desarrollar su propaganda revolucionaria tal como ellos la interpretan, sino olvidan nuestra tradición? En el exilio podemos aglutinar nuestras fuerzas proyectando resoluciones combativas con vista a España. Nosotros veremos los problemas exteriores de política internacional mucho mejor que los compañeros del interior por poseer libertad de la que ellos carecen, pero los de dentro y los de fuera deben complementarse en una lucha común contra Franco y su régimen. No vemos motivos, pues, para que por estas nimiedades y otras parecidas no hagamos nada.

No queremos dejar de argumentar "razones" de otros. En nuestra organización, más vieja que la O. N. U., también existe parcialmente derecho de VETO. Los sacrosantos principios, los acuerdos de Congreso y su "maravillosa" ponencia del Comunismo Libertario; todo esto es intocable e invulnerable mientras no celebremos otro Congreso. Sin embargo, aunque pecando de herejes y no creyendo en dogmas, consideramos verdaderamente inútil seguir manteniendo acuerdos que realidades posteriores nos hicieron modificar a todos. Una realidad vivida vale más que un Congreso. ¿Es que no hemos visto a antimilitaristas convertidos en generales; antipolíticos en ministros y a antiburgueses en nuevos ricos? No es momento de seguir enumerando recuerdos que distancien lo objetivo de nuestra aposición enamorada de la unidad, pero al recordar lo hacemos solamente con la intención de que los compañeros modifiquen posiciones absurdas.

Deben posponerse como objetivo inmediato rencillas actuales o del pasado, no olvidando que debemos crear un organismo nacional que estudie y ejecute todos los acuerdos dimanantes de una conjunción de fuerzas republicanas y patrióticas, que se un vivo aparato de lucha operante contra el régimen franquista. La realidad actual, triste realidad por cierto, nos da el balance de una lucha ineficaz de los estamentos llamados republicanos en el exilio y un alejamiento entre sí de todos los republicanos españoles.

Debe dimitir el "gobierno" republicano español de un solo partido y dar paso a otro que nos aglutine a todos. La República no es obra, ni puede serlo, de un solo grupo; es obra de todos los patriotas españoles. Constituido el nuevo gobierno, este órgano ejecutivo de la legalidad republicana, debe estudiar la situación política mundial y aceptar todas las ayudas vengan de donde vinieren. No podemos esperar el "mea culpa" de las democracias mundiales en el caso español para el año dos mil.

Toda esta labor de entendimiento de la emigración española, nadie con más autoridad moral para hacerla que la C.N.T. unida y unificada. No se nos escapa los sinsabores y agravios de tan delicada misión, pero vale más, mucho más la satisfacción de la lealtad de un alto deber cumplido para sí mismo y con el pueblo español.